

Emilio García Gómez: Un homenaje vivo de poesía

Nemo propheta acceptus est in patria sua

“Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes sienten envidia por el sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte; tienen en poco lo mucho que pueda hacer, rebajan sus aciertos y se ensañan en cambio, con sus caídas y tropiezos, sobre todo mientras vive, y con doble animosidad que en cualquier otro país... Le atribuirán lo que no ha dicho, le colgarán lo que no ha hecho, le imputarán lo que no ha proferido ni ha creído su corazón. Aunque sea hombre señalado y campeón de su ciencia, caso de no tener con el poder público relaciones que le procuren la dicha de salir indemne de los peligros y escapar de las desgracias, si se le ocurre escribir un libro, lo calumniarán, difamarán, contradirán y vejarán. Exagerarán y abultarán sus errores ligeros; censurarán hasta su más insignificante tropiezo; le negarán sus aciertos, callarán sus méritos y le apostrofarán e increparán por sus descuidos, con lo cual sentirá decaer su energía, desalentarse su alma y enfriarse su entusiasmo. Tal es, entre nosotros, la suerte del que se pone a componer un poema o a escribir un tratado: no se zafará de tales calamidades, a no ser que se marche o huya o que recorra su camino sin detenerse y de un solo golpe”.

Quién así se duele y habla, Ibn Hazm, está a nueve siglos de distancia (“cuando me creáis más muerto retemblaré en vuestras manos”). Su voz nos llega nítida de la mano de Emilio García Gómez quien sí ha recorrido su camino sin detenerse, de un solo golpe.

En una serie de instantáneas con zoom que aproximan al maestro arabista, ofrecemos primero unos textos de sus amigos Ortega, en prólogo, y Marías, en Tercera de ABC, después excerpta de sus escritos y poemas. En homenaje vivo y cordialísimo.

Semblanza en vivo de Emilio García Gómez

Tercera de ABC, 8 de junio de 1995

Hace cuatro años, Emilio García Gómez me pidió que lo presentara en una conferencia. Ahora que ha muerto, creo que debe conocerse la semblanza que de él tracé cuando vivía y se esperaban de su mente tantas cosas.

Presentar a Emilio García Gómez es anunciar un placer a los que van a oírlo. No hay riesgo de que a mis palabras vaya a seguir ninguna pesadumbre. Emilio García Gómez es uno de los hombres más sabios de España o de cualquier país, cuando escribe o habla dice siempre cosas importantes y muy probablemente desconocidas, porque se mueve en zonas que para la mayoría de los mortales son misteriosas. Se puede tener la certidumbre de que después de oír una conferencia suya, o leer un artículo, no digamos si se trata de un libro, se han adquirido muchas cosas nuevas. Ortega, gran amigo suyo y mío, valoraba lo que se decía según "se llevaba uno algo en los bolsillos": García Gómez nos los llena generosamente.

**JULIÁN
MARÍAS**

Pero eso que nos introduce en ellos no pesa. Es ligero, ingrávido, alado, como pertenece a la palabra misma cuando se la usa creadoramente. Es divertido, ingenioso, sorprendente. Escribe y habla con indefectible espontaneidad y belleza. Pertenece a la estirpe de los mejores intelectuales españoles de nuestro siglo, que han sido grandes escritores; gracias a ellos es España uno de los países en que más ampliamente ha penetrado, en grandes zonas de la sociedad, el pensamiento. Y por eso es un país "civilizado", en un grado que ni siquiera sospechan los que no estiman ni el pensamiento ni su expresión literaria.

Digo esto porque me sobrecoge algún temor de que esto pueda desaparecer entre nosotros. Y sería perder una de las más valiosas originalidades españolas del siglo XX. Empieza a ponerse de moda admirar a aquellos autores a quienes no se entiende bien, a

pesar de que es difícil evitar la sospecha de que no se entienden tampoco del todo a sí mismos. Los grandes libros intelectuales de nuestro tiempo han sido en primer término "libros", algo que se puede leer, no indigesta erudición o ideas sin gracia ni evidencia. Por eso están vivos, incluso muchos años después de muertos sus autores, y ésta es la razón de que el "espesor" del presente sea mayor en España que en la mayoría de los países.

Emilio García Gómez es, como todos saben, arabista, el arabista por excelencia en nuestro tiempo. Heredero de una larga tradición, desde Conde y el demasiado olvidado Pascual Gayangos hasta Francisco Codera, Julián Ribera y su gran maestro Miguel Asín Palacios, ha sido y es todavía cabeza de una larga serie de discípulos. Ha sido el arabismo una de las escuelas en que ha habido continuidad fecunda en España, en que se ha superado la tentación del "adanismo" que tantas veces nos persigue.

Y la acción de Emilio García Gómez ha llegado a los que no conocemos ni el alifato. Yo leí, siendo estudiante, sus "Poemas arábigo-andaluces", primorosamente traducidos y comentados; lo conocí por entonces, cuando desigualmente colaborábamos en "Cruz y Raya", y desde hace muy cerca de sesenta años nos une una amistad nunca interrumpida. No sabía manera de escapar al encanto de sus "Qasidas de Andalucía puestas en verso castellano", de su "Silla del Moro" y "Nuevas escenas andaluzas", de lo que nos contaba con insólita frescura de "una voz en la calle", la poesía de Aben Guzmán o, más tarde y con todo esplendor y rigor de "Todo Ben Quzmán". Nos hizo leer "El collar de la paloma", el libro amoroso del cordobés Ibn Hazm, al que puso extraordinario prólogo Ortega.

Asín Palacios, el enérgico sacerdote aragonés a quien veía por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, se orientó sobre todo hacia la filosofía y la teología musulmanas. García Gómez no pudo nunca refrenar su vocación literaria, y se lanzó sobre otra zona de la cultura árabe, la poesía y sus territorios limítrofes. Gracias a él podemos gozar de una porción de literatura que en buena medida es también nuestra, porque se creó en nuestro suelo, en esa convivencia polémica de casi ocho siglos, en que aconteció, desde cerca y cuerpo a cuerpo, lo que fue el argumento de toda la Edad Media: la polaridad entre la Cristiandad y el Islam. Y por esa vía hemos podido rastrear los orígenes más remotos de nuestra literatura, que adivinó perspicazmente don Ramón Menéndez Pidal y descubrieron y estudiaron en las "jarchas" Stern, García Gómez y Dámaso Alonso.

Emilio García Gómez ha sido embajador de España en países islámicos, árabes como el Irak y el Líbano, y también en Turquía; le han dejado una experiencia variopinta, desde no tener a quién presentar sus cartas credenciales, por una serie de asesinatos, hasta placeres muy intensos de belleza, lecturas y convivencia. En todas partes ha mostrado saberes capaces de asombrar a los más cultos habitantes de tales países, y un dominio de la lengua árabe todavía más sorprendente.

Hace algo más de treinta años nos encontrábamos en el Instituto de Humanidades, que en 1948 fundó Ortega con mi cooperación, "porque éramos —dijo— dos insensatos que no teníamos nada que perder". Emilio García Gómez no entraba en la rúbrica, pero fue colaborador inapreciable. Y luego, desde hace un cuarto de siglo, nos encontramos en la Real Academia Española. Emilio no es, por desgracia, demasiado asiduo: cuando falta, lo echamos de menos; cuando lo vemos llegar, nos prometemos intervenciones sabrosas, profundas y, por si fuera poco, divertidas. Eso es precisamente lo que nos disponemos a gozar ahora.